

PALABRAS DE MUJER. MUJERES DE PALABRA*

Juan M. Molina Damiani

Destacando dos matrices de la personalidad de Fanny Rubio quiero comenzar mi presentación de este libro de Ana Moreno Soriano sobre su narrativa, sobre el poder anticipatorio de su palabra —trabajo académico, Tesis Doctoral, que Ana realizó bajo la dirección de la profesora Medina Arjona. La primera de estas matrices tiene que ver con el compromiso político de Fanny, que cristaliza con su militancia en el *PCE*, allá por 1969, apenas un año después de que publicase, en el número cero de la revista *Poesía 70* (1968), un poema cuyo aliento superromántico —y aquí tenemos la segunda matriz que me interesa poner de relieve— impone que pensemos la práctica de Fanny Rubio de acuerdo con un modelo vitalísimo que llevaría a nuestra polígrafa, un todoterreno de la escritura, a mostrarse desde entonces más confiada en los lenguajes analógicos del arte que en las gramáticas analíticas de la ciencia, territorio donde la Razón moderna ha manifestado sobradamente el cansancio epocal que la asola, que la degrada, que la muestra inhábil para acometer las transformaciones que no podemos aplazar por más tiempo. No nos extrañen estas matrices: la vida de Fanny Rubio siempre supo distinguir poesía y literatura, reconociendo el territorio de la primera, vívido y radical, como un tiempo íntimo y extremo, identificable con el de la conciencia, capital para acometer la construcción de la vida.

Al tanto de estos puntos de partida, es lógico que Ana Moreno Soriano abra el volumen que presentamos con una cita de Brecht: «El arte no es un espejo puro para reflejar la realidad, sino un martillo para darle forma», lo que viene a recordarnos que los contenidos nunca son la causa

* Texto de presentación de *El poder de la palabra. Las mujeres en las novelas de Fanny Rubio* [Jaén, Universidad, 2013, prólogo de Felipe Alcaraz, 270 pp.], libro de Ana Moreno Soriano. Acto organizado por la Asociación Vecinal «Arco del Consuelo-Casco Antiguo» de Jaén capital, tuvo lugar el 10 de abril de 2014 en el Patronato Municipal de Asuntos Sociales del Ayuntamiento de Jaén.

del estilo, sino efectos morales de su encarnadura, en el caso del hacer de Fanny Rubio, informalista y matérica, apegada a la vida y a las sinrazones del mundo. Sí: la vida que se desea, que se persigue, solo podrá hacerse verdaderamente real si la encarna la realidad escrita de la acción artística. En efecto: solo aquello que las formas consiguen materializar podrá luego la vida verlo consumado. Encarnar en el lenguaje de la poesía, si es que realmente se quiere actualizar en el mundo el deseo de vivirla de verdad, sin retoricismos ni literaturas, pasa por dar con la poesía esquiva de la vida desde una palabra recién inaugurada, herida, sin cosificar, atenta a la conciencia. Está claro: el proyecto escriturario de Fanny Rubio crea sitios reales dándoles cuerpo, nombre, apalabrándolos. Encarnada la palabra, se realiza todo aquello que es su referente, un espacio real que no se hace realidad en tanto no es nombrado del todo, o aún mejor: mientras que su destinatario no acabe de sentirlo, de comprenderlo, de acabar de crearlo a la vista de la cosmofanía del lenguaje. Así es el poder de la palabra de Fanny, epifánica porque nos participa lo real desde su logos espermático, desde su alta condición de producto histórico y natural —quiero decir: humano— que, antes que concepto, se revela lugar de la concepción, tiempo en cinta —matriz, ahora, que nos remite a la tradición de la mística hebrea, donde la palabra es centro de cualquier experiencia y el verbo no es sombra simplemente de los hechos. Ya lo dejó señalado Fanny, de la mano de José Ángel Valente: «crear lleva el signo de la feminidad: no es un acto de penetración en la materia, sino pasión de ser penetrado por ella». O dicho de otro modo, aunque ahora con palabras de nuestra autora: «mis experiencias no suelen entrar en mi escritura [...] sino que nacen de ella».

La palabra de Fanny Rubio, palabra de mujer, da noticia clara de algo oscuro. Es su ambición preformativa, anticipatoria, la que la lleva a parecer tantas veces oscura. Con todo, la encarnación verbal que acomete Miriam, otra mujer yerma, la Magdalena de *El dios dormido* —la tercera novela de Fanny, de 1998, en la que ahora me gustaría centrarme un momento—, no persigue sino darse a luz a sí misma a partir del amor que la mueve, un amor maternal insatisfecho que trasciende el de su pasión por confesarse. Alejadas de las voces de sus yoes hegemónicos, Miriam, Fanny y Ana se abandonan a oír los balbuceos automáticos de sus conciencias, los de sus yoes otros, esos que activan sus sentidos biológicos para oponerlos así a los de sus respectivos yoes ocupados por el imaginario autoritario del poder, un poder no menos patócrata que falócrata, enajenado ante la palabra poderosa y radical de las mujeres. Aferradas así, por más señas, a la lección de María Zambrano, Miriam, Fanny y Ana se alejan de sus autobiografías —relatos siempre complacientes porque

de ordinario se exponen a ser reinversiones del pasado— para perderse por las nieblas de la confesión —tanteos sin hoja de ruta previa que favorecen que el pasado regrese al presente para proyectarse críticamente hacia el futuro, ese territorio donde las cosas dejen de ser como habitualmente son para asomarse a la utopía, ese lugar sin demarcaciones donde la doble sumisión de la mujer se manifiesta hasta desenmascarar la realidad y nombrar el deseo, el propio de una liberación que no solo supere el marco pequeño y burgués del feminismo preso del capitalismo simpático, tan del gusto del neoconservadurismo de hoy, propio del de las chicas de Kiraz, sino también el que padece cualquier mujer bajo este capitalismo senil, de ocupación, que ha hecho de la condición femenina una clase explotada incluso por los que no saben, no sabemos, que igual pertenecemos a la clase explotadora.

Desde esta perspectiva hay que evaluar el pulso deíctico de *El dios dormido*, una novela lírica escrita en segunda persona que formula una de las claves esenciales de la escritura de Fanny Rubio: la de que la individualidad siempre se presenta como una insuficiencia, una tara, o la de que la sociedad ha de realizarse en el individuo antes que el individuo en la sociedad. Sí: como nos plantean las propuestas creativa y crítica de Fanny Rubio y Ana Moreno respectivamente, descendamos a lo humano para alzarnos a lo divino, huyendo así de la soledad: la de este presente preso del consumo, amnésico, dado a la efemérides, dogmático y cruel, que apenas si nos deja escuchar otra cosa que el ruido de su gran maquina tragaperras, la de su vieja máquina de picar carne de perro, una maquinaria de la que todos venimos a formar parte para que a día de hoy nuestro capitalismo se muestre más feudal y nuestras escrituras, sin más, literatura propia de siervos mientras la realidad sigue cuarteándose en segmentos de subclases económicas, dentro de las cuales, ojo, la trabajadora se atomiza y se degrada en compartimentos ideológicos, algunos, por cierto, reaccionarios sin saberlo. Andemos atentos y atentas a la propuesta crítica y a la aventura creativa de Ana y Fanny: ambas participan, a mi ver, de aquella reflexión donde Serafín Senosiáin planteaba que si la resurrección no estalla antes de la muerte, la muerte del poder de la palabra, la palabra que nos hace ser a conciencia, pondrá fin a toda posibilidad de resurrección y de estallido. Sí: odiemos lo que ya no queramos ser. Y sin olvidar que aquello en lo que no deseemos convertirnos igual ya lo somos en parte porque todos tenemos siempre demasiado amor propio, el amor sin pasión de esta época tan nuestra, tan de todos, en que la avaricia y la vanidad son las señas más indignas de las clases urbanas hegemónicas.